UN PAPA VACILANTE

E. MIRET MAGDALENA

EL 6 de agosto de 1978 ha fallecido uno de los Papas más discutidos de la historia de la Iglesia católica. Y lo fue en vida porque los quince años de su pontificado dieron de él una imagen confusa e ineficaz, por sus muchos cambios vacilantes en la actitud que adoptó ante los difíciles problemas de un mundo en transformación, que impactó amplia y profundamente a la Iglesia que este Papa intentaba en vano dirigir.

Las críticas de todos los extremos

Los **integristas** defensores de una postura conservadora en la Iglesia, le atosigaron llamándole hereje y cismático, como el famoso Abbé de Nantes en su libro **"Yo acuso a Pablo VI"**. Otros, acostumbrados a obedecer ciegamente a la autoridad eclesiástica, como monseñor Lefèbvre, se rebelaron contra él considerándole el gran desviado de la tradición y el demoledor del grandioso edificio en que se ha convertido la institución católica multisecular. Y no faltó quien —aparentemente más benigno— creía, en un rapto de fantasía enjuiciadora que rozaba la anormalidad, que estaba secuestrado y hasta drogado por la curia romana, como mantenían algunos iluminados de la picaresca religiosa española que pretenden tener vía directa con el cielo.

Y los **progresistas** —aquellos que le saludaron entusiásticamente al subir al solio pontificio— pronto se sintieron defraudados, y vieron en él al hombre bienintencionado que poco a poco se le borraba su visión abierta, por falta de carácter para llevar adelante a una Iglesia cargada con el polvo de demasiados siglos, que le pesaban en exceso para poder enfrentar la novedad del mundo que está emergiendo.

El hecho es que un Papa tan temido por unos —ahí está el recuerdo del disgusto con que le recibió el franquismo— y tan esperado por otros se encontró solitario en su propio mundo de temores religiosos, resultando pocos años después de acceder al Papado el más olvidado y menos escuchado de los modernos dirigentes máximos de la Iglesia.

Ante estas realidades muchos se preguntarán: ¿cuál es el secreto de esta vida llena de buena

Numerosos fieles rezaron, arrodillados en la plaza de San Pedro, por el alma del Papa recientemente fallecido.

voluntad, por un lado, y de angustia, por otro, por no saber estar a la altura de los tiempos? Porque es cierto que no puede dudarse de ninguna de estas tendencias de Pablo VI, el hombre que menos se pareció a su homónimo, el fogoso y temperamental apóstol de las gentes, Pablo de Tarso.

El principio de Peter

Montini fue un sacerdote profundamente creyente —cosa no siempre frecuente en el ambiente vaticano—, con evidentes cualidades diplomáticas, demostradas durante los muchos años de labor eclesiásticas en la **Secretaría de Estado,** cualidades a las que se unía una disposición intelectual abierta, como demostró también cuando orientaba a los jóvenes intelectuales de la Acción Católica, y más tarde, cuando fue cardenal-arzobispo de Milán.

Lo malo ocurrió al acceder al nuevo cargo de Papa de la Iglesia católica, apostólica y romana. Quizá nadie ha señalado para explicarlo una ley bien significativa que estudió el profesor Peter, y que lleva el nombre de "**Principio de Peter**". Un principio que dirige principalmente los avatares de la dirección de todo grupo humano, lo mismo se trate de empresas industriales que de clubs deportivos o de iglesias. Usualmente un hombre que cumple a satisfacción un cargo es elevado a otro cargo distinto y superior —por causa de los méritos anteriores— sin pensar si tendrá las condiciones adecuadas para la nueva responsabilidad. Y por eso, en esta selección, la mayor parte de las veces no se acierta.

Sutil principio que no suele darse la primera vez que se llega a un puesto de responsabilidad, sino después de varios cambios sucesivos que van dando confianza para encargar al interesado nuevos puestos, hasta que llega a lo que el profesor Peter llama su "**nivel de incompetencia**".

Las organizaciones humanas —y la Iglesia también lo es— se encuentran generalmente colapsadas cuando pasan los años y aumentan grandemente su tamaño, porque muchos de sus dirigentes son personas que resultaron competentes en sus puestos anteriores, pero que nadie previó si valían de verdad para su último cargo. Al final estas organizaciones se llenan en sus alturas de buenas personas paralizantes, que frenan todo verdadero avance y desarrollo porque llegaron a ese trágico nivel de falta de competencia para el nuevo cargo, como ocurre ineluctablemente a todo grupo humano que no conoce ni se resguarda contra este mecanismo social descubierto por Peter.

Monseñor Lefèvbre representa a quienes, habituados a obedecer ciegamente a la autoridad eclesiástica, se revelaron contra Pablo VI considerándole como "el gran alejado de la tradición de la Iglesia".

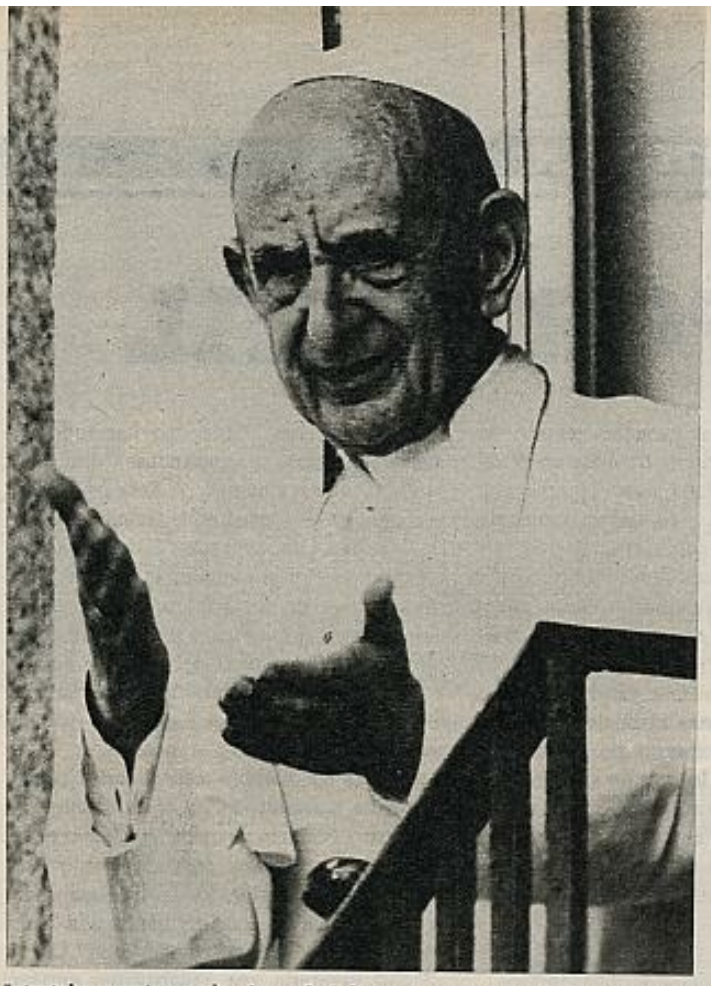
A Pablo VI, con sus muchos valores personales y méritos eclesiásticos anteriores a su pontificado, le ocurrió esta fatalidad: cayó de lleno en las redes del **principio de Peter.**

Un hombre que había sido eficaz como diplomático, abierto como intelectual y progresivo como apóstol, a los pocos años de ser Papa ya no acertaba en sus decisiones eclesiásticas, estaba lleno de temores por los avances doctrinales y se encontró siempre encogido ante las nuevas formas de apostolado que surgían en una Iglesia anticuada, necesitada de profunda renovación. En una palabra: vivió la angustia personal de un cargo para el que no estaba hecho y, sin embargo, para con el que se sentía profundamente responsable.

Sus previas aperturas

Yo le conocí durante los años cincuenta, cuando ya era arzobispo de Milán, y había sido hasta hacía poco el más decidido y fiel colaborador de Pío XII, a quien inclinó a aceptar dos posturas importantes de amplio porvenir para el catolicismo: la inspiración en el católico liberal Jacques Maritain, el gran defensor de las libertades humanas y cívicas —y por tanto de la libertad religiosa—, y la aceptación del ensayo apostólico de más trascendencia en los tiempos modernos por todo lo que después entrañó de apertura social para la Iglesia, el de los sacerdotes-obreros. Dos inteligentes posturas del catolicismo contemporáneo. La una dando categoría humana definitiva al seglar católico en sus decisiones humano-religiosas, y la otra aceptando el apostolado social comprometido con el mundo actual de la propia Iglesia católica, incluso en sus estamentos clericales.

El último político al que Pablo VI recibió: Presidente de la República de Italia, Sandro Pertini, tres días antes de morir.



Intentaba sonreír cuando, el pasado 2 de agosto, se asomó al balcón de su residencia veraniega de Castelgandolfo en su última audiencia semanal.

Yo le oí, durante ese II Congreso Mundial de Apostolado Seglar en Roma, defender públicamente a un Maritain cuya filosofía social y política estaba a punto de ser condenada por monseñor Ottaviani y sus seguidores de arriba y de abajo, que manejaban entonces el temido Santo Oficio.

Yo le escuché durante el Concilio Vaticano II criticar valientemente la "**bonhomie**" de Juan XXIII, que había lanzado la nave de la Iglesia por las agitadas aguas de este inesperado Concilio —bien visto por Montini en su idea básica—, pero que no sabía manejar el Papa Roncalli.

Y le leía con satisfacción, cuando un año después de haber sido nombrado Papa publicaba su excelente encíclica "**Ecclesiam Suam**", que —de haber sido valientemente aplicada por él— hubiera sido todo un programa de apertura y desarrollo religioso de la Iglesia, abriéndose al mundo nuevo de la cultura contemporánea y a una nueva sociedad vislumbrada por los hombres inquietos.

O cuando en Roma, recién cogidas las riendas de su Iglesia, se dirigía en 1963 a los seglares católicos proclamando "las bondades de los grandes principios de la **Revolución francesa**", inspirados, según él, en el cristianismo. Viendo dentro de la Iglesia a la jerarquía como una sincera promotora de seglares católicos libres y decididos con presencia activa en la misma, atreviéndose a decir que era "**la hora del laicado**". Y pidiendo pocos meses después que en la Iglesia se fomentasen "hombres positivos, insertos en las realidades terrenas, hombres verdaderos, modernos y aguerridos", que no sólo renovasen el mundo profano, sino también el obsoleto de la ética clerical para uso de confesores, solicitando que se tuvieran en cuenta "las enseñanzas sistemáticas y científicas del seglar" para enfocar "los nuevos problemas", de modo que ya no fuesen "tratados empíricamente al modo de los antiguos manuales".

Todavía se apreciaba esta llama abierta en 1967 cuando publicó —aunque ya con temerosas correcciones inspiradas por los integristas de la Curia romana— la encíclica denominada "**El desarrollo de los pueblos**", esmaltada de atisbos de profunda transformación social renovadora.

Su pronto declinar

Esto no iba a durar mucho. Pronto empezaron las vacilaciones "**hamletianas**" predichas por Juan XXIII a Montini antes de ser Papa. Así llegó a decir frases increíbles de corte apocalíptico, hablando del "humo de Satanás" en el interior de la Iglesia, y a poner "peros" a todo lo abierto que se intentaba frecuentemente en lo intelectual o en lo apostólico, adoptando un tono clericalmente meloso y vacilantemente temeroso en muchos de sus discursos.

Aunque propició los avances del Concilio, frenó, sin quizá darse cuenta, su pleno y coherente desarrollo. El fue quien estableció que los obispos y cardenales se jubilasen al llegar a una prudente edad; pero nunca se decidió él mismo —a pesar de lo cansado y enfermo que estaba— a aceptar esta decisión para él, como hizo en el siglo XIII su predecesor el Papa Celestino V, quien tuvo el rasgo —único en la historia de la Iglesia católica— de dimitir cuando creyó que no podía llevar la carga de la herencia de San Pedro, y por eso fue canonizado, figurando en la lista de los santos católicos.

Ha muerto un Papa que pudo ser el Papa de nuestro tiempo, y que por falta de carácter para su universal responsabilidad —aunque no le faltó buena voluntad— no llegó a serlo en la mayor y más decisiva parte de su pontificado. ■ **E. M. M.**

¿Quién sucederá a Pablo VI?

HACE varios meses, diversos especialistas en temas vaticanos, coincidentes en su orientación abierta, señalaban a monseñor Pironio como el más adecuado y suficientemente probable. Es un argentino con gran experiencia de los problemas pastorales del mundo moderno, realista y conocedor de los intrincados recovecos del mundo vaticano. Quizá él pudiera ser el que acogiera los votos de muchos cardenales extranjeros y algunos italianos.

Pero también se habla de monseñor Baggio, muy cercano al Opus Dei. De monseñor Pignedoli o de monseñor Poletti. Y no faltan quienes hablan del muy amigo de Pablo VI, monseñor Benelli, conocido por sus ideas antifranquistas cuando se encontraba en España, pero demasiado autocrático en la manera de dirigir cuando estaba en la curia romana y un tenaz antimarxista.

Las cualidades que debería tener el próximo Papa serían: 1) un gobernante que conociera los métodos modernos de organización de empresas y desmantelase la exagerada burocratización vaticana, dirigiendo a la Iglesia por objetivos evangélicos y por criterios democráticos eficaces. 2) Un valiente revolucionario que de forma no violenta sepa fomentar una nueva expresión para el dogma católico demasiado unido a una cultura anticuada, y que acepte desde la supresión de los tribunales eclesiásticos hasta la planificación familiar responsable. 3) Un hombre sencillo que sepa vivir como los demás hombres, y dejar el Vaticano como un monumento artístico para la contemplación de todo el mundo y no para vivir el nuevo Papa en él. 4) Un sacerdote que sepa conservar y difundir una religiosidad profunda sin tanta atadura a los medios técnicos, tomando ejemplo de la experiencia tan positiva del apostolado del monasterio protestante, pero ecuménico, de Taizé.

Y, desde luego, que no fuese italiano. ■ **E. M. M.**